

PARTE TERCERA





## EL GENIO

---

Lozana, vigorosa y atrevida  
Alza el vuelo la reina del desierto,  
Y, á sus plantas el orbe descubierto,  
Contempla con desdén

La peña de los siglos respetada,  
De cien ríos tortuosos la corriente,  
Y la mar que amenaza al continente  
Con fragoso vaivén.

¡Qué dichoso, á quien dieran los destinos  
De alto cielo en la hondura de su arcano  
El destello sublime y soberano  
De genio creador!

En su mente rebulle un pensamiento,  
Y lo ve, lo contempla, y se extasía,  
Y cual fragua le da su fantasía  
Su luz y su calor.



¡Vedle allá! con los ojos arrobados  
 Cuál traza la carrera del planeta,  
 Ó sigue los caminos del cometa  
 Allá en la inmensidad,

Atinando las leyes que á su giro  
 Del Eterno la mano señalara  
 Cuando el linde á los mares prefijara  
 Con alta majestad.

Sentado sobre escombros y ruínas  
 De un gran pueblo veréisle que medita,  
 Y cual mago que sombras resucita  
 El secreto alcanzó

De su grande pujanza y su caída;  
 Mira en torno cien pueblos que florecen,  
 Y otros pueblos que nacen y que crecen,  
 Y su fin ya previó.

Tal vez habla, y los hombres se sonríen,  
 Y en su mente revuelve más profundo  
 Un pensar que le ofrece un nuevo mundo,  
 Sólo demanda un *sí*.

¡Admiradle! ¿dó marcha, quién le guía?  
 En su frente fulgura la esperanza,  
 Á los mares intrépido se lanza  
 Y dice ¡vedle allí!

Á su vista desfilan las naciones  
 Y parecen las bravas oleadas  
 Por el cierzo cual montes levantadas  
 Y luego ya no están,

Ó montañas de arena movediza  
 Que levanta y disipa en un instante  
 Con mugido bravío y resonante  
 El terrible huracán.

Si mirando tal vez la turba ciega,  
 Y entre tantas locuras que divisa  
 En alguna se fija su sonrisa,  
 Golpe mortal le hirió;

Que el tiempo con su mano roedora  
 De Cervantes el bello desenfado  
 Y el saber con gracejo sazonado  
 Nunca jamás borró.

¡Mezquino! tú que pides quién le guía,  
 Que demandas dó fuera su enseñanza,  
 ¿No conoces el brío y la pujanza  
 Del sublime pensar?

¿No sientes en sus giros atrevidos  
 Que la senda trillada ya desdeña,  
 Cual águila ya posa en alta peña  
 Cuando empieza á volar?

Una mano secreta le conduce  
 Y le lleva á que cumpla un gran destino,  
 Que en sus sienes con sello peregrino  
 Grabara el Hacedor;

Que no en vano le diera aquellos rayos  
 Que ciñen como auréola su frente  
 Mostrando la grandeza de su mente  
 Con celeste fulgor.

Mas tal vez ¡ay dolor! que palidece  
 Su fulgor y amenaza mal agüero,  
 Como suele en la noche algún lucero  
 Siniestro relumbrar;

Su tamaño, su luz y rara forma  
 Arrebata la vista, mas la mente  
 Que el estrago horroroso ya presiente  
 No cesa de temblar.



¡Vedle allá! reclinada sobre el pecho  
 La cabeza, los ojos inflamados,  
 Torva frente, los labios abrasados,  
 Medita en soledad...

Y murmura palabras de misterio,  
 Tal vez lanza al papel un pensamiento,  
 Preñado cual la ráfaga del viento  
 Que engendra tempestad.



## LA VIDA

¿Qué es la vida del humano?  
 ¿Hay alguien que lo comprenda,  
 hay algún hombre que entienda  
 lo que llamamos *vivir*?

En sus gustos, en sus penas,  
 en sueños de desvarío,  
 ¿hay quién no sienta un vacío,  
 un misterio en su existir?

Hoy alegres y volubles  
 como leve mariposa  
 que ora salpica la rosa,  
 después para en un clavel,  
 un mundo con cien matices,  
 cestillos de hermosas flores,  
 guirnaldas de mil colores,  
 copas de leche y de miel:

Y mañana nada existe....  
 como pasa en un torrente  
 una flor que la corriente  
 arrancó de su raíz;  
 como brilla en claro arroyo  
 la plata y oro del pece,  
 y luego desaparece  
 con vivísimo deslíz.



Dora apenas leve bozo  
 la tez blanca y colorada,  
 y la cabeza dorada  
 se comienza á ennegrecer;  
 ya no se mece en el labio  
 el candor de la sonrisa,  
 que semeja leve brisa  
 en hermoso amanecer.

Recordamos condolidos  
 las delicias de la infancia,  
 cual delicada fragancia  
 de un perfume que pasó;  
 ó el marino que se aleja  
 ve pintada banderola,  
 que torreón alto tremola  
 en la ciudad do nació.

Es á mis ojos la vida  
 vapor de endeble candela,  
 fuego leve que revuela  
 en torno de un ataúd;  
 es aromático aliento  
 de la flor que abre su seno,  
 que seca con su veneno  
 soplo abrasador del sud.

Vuelan en torno del hombre  
 mil pintadas mariposas,  
 lucen sus alas donosas  
 hermosura sin igual;  
 las coge el hombre, cual niño  
 cierra afanoso la mano,  
 y al abrir de polvo vano  
 encuentra inmunda señal.

¿Qué se presenta en la tierra  
 sino montones de abrojos,  
 despedazados despojos  
 que á la orilla arroja el mar;  
 sino un reptil que deslumbra  
 con su matiz fementido,  
 y que endulza su silbido  
 para mejor hechizar?

No veo más en el mundo  
 que un inmenso mar de arena,  
 un vacío que se llena  
 con follaje fementido;  
 el gemido  
 no cesa de noche y día,  
 la alegría  
 no baña jamás el pecho,  
 sombrío del hombre el techo,  
 si con galas la natura  
 convida al hombre á que ría,  
 aun aumenta su amargura.

¡Qué importan los placeres de la vida,  
 el perfume fragante del aroma,  
 si opresor y pesado se desploma  
 un recuerdo que ahoga el corazón;  
 si la imagen, que halaga nuestro pecho,  
 un frío desengaño quiebra y pisa,  
 y con burla y sardónica sonrisa  
 deshoja la ilusión!

La mente obscura, el corazón vacío,  
 solitario cual flor en el desierto  
 combatida tal vez por cierzo yerto



y luego por el austro abrasador ;  
frío el mundo, floresta sin olores,  
bella estatua de rosas coronada,  
sin aliento, sin fuego en la mirada,  
sin consuelo al dolor !

Flotando el alma como leve sombra,  
ora sintiendo un hálito divino,  
en pos la fetidez, polvo mezquino...  
¡recuerdo triste! ¡obscuro el porvenir!  
el llanto congelado en la mejilla,  
negro pensar vagando por la mente,  
cárdeno el labio, nebulosa frente,  
cansancio de gemir !

Y volved la vista en torno,  
y pedidle al mundo impío  
que aligere vuestro hastío  
y que calme vuestro mal :  
embriágate (responde)  
con algún néctar sabroso,  
cuando busques el reposo  
aquí tienes el puñal.

¡ Cruda respuesta, que acibara al alma  
agriando su penar y su tormento !  
¡ delirar embriagado de contento !  
¡ ó morir con estólida frialdad !  
¡ Inmenso Dios! ¿ qué puede ser la vida  
para quien la esperanza no fulgura,  
para quien no divise la ventura  
allá en la eternidad ?

Es el hombre un hondo arcano  
que aparece aquí en la tierra,  
frágil máquina que encierra  
una centella eternal:  
lanza un acerbo quejido,  
llanto es su primer acento  
mezclado con el lamento  
del padecer maternal.

¡ Veis! y llora inconsolable,  
no le acallan en su llanto  
ni las caricias, ni el canto,  
blando arrullo del amor ;  
¡ triste destino del hombre  
el nacer con amargura,  
el vivir en desventura,  
y morir en el dolor !

¡ Y pasar como una sombra  
sin dejar aquí su huella,  
como pasa la centella  
que en el aire se inflamó ;  
vapor leve que despide  
fugaz y vivo reflejo,  
vana imagen que el espejo  
un momento retrató !

Él solo en el universo  
ansioso de su destino,  
extraviado peregrino  
que pregunta ¿ dónde está ?  
coge acaso en el desierto  
el fruto de la palmera,  
y prosigue su carrera  
sin saber dó parará.



Y triste y pesaroso,  
 absorta el alma en hondo pensamiento,  
 me faltaba el aliento:  
 y anhelando un instante de reposo,  
 revolvió sediento  
 las hojas de un escrito misterioso,  
 do vía descifrado  
 el arcano del hombre y su destino,  
 y de un sello divino  
 el sagrado carácter estampado;  
 de fuego peregrino  
 el pecho me sentía penetrado,  
 que en sosegada calma  
 consuela al corazón, alumbra al alma.  
 ¡Porvenir! ¡porvenir! y alzando el vuelo  
 mi mente remontábase hacia el cielo;  
 y olvidando ese barro que la encierra  
 miraba pesaroso  
 ese pequeño grano  
 que aquí llamamos tierra,  
 y al hombre cual gusano  
 que por ella se arrastra fatigoso;  
 y al reparar que olvida  
 que, fugaz como leve pensamiento,  
 pasará en un momento  
 el durar de su vida:  
 su loca vanidad, su orgullo necio  
 contemplaba con lástima y desprecio.

## VANIDAD

DE LAS

### GRANDEZAS HUMANAS

¡Cuántas veces ¡ay!, Fabio! ¡cuántas veces  
 Yo solo, pensativo, apesarado  
 Busco en vanos proyectos y delirios  
 Un consuelo á mi pecho acibarado!  
 Negra tristeza, cual opaca sombra,  
 Todo á mi débil ojo lo obscurece;  
 Tedio crüel devora mis entrañas,  
 Cuanto miro marchita y envilece.  
 Al menos si á mi lado te tuviera,  
 Mis llantos en tu seno derramara,  
 Y la mano piadosa de un amigo  
 Mis lágrimas amargas enjugara.  
 Amigo, di, si comprenderlo puedes,  
 ¿Qué es el hombre, ese ser desventurado?  
 Dime, ¿qué es ese caos asombroso,  
 Confusión de sublime y de menguado?  
 Vimos la luz en medio de quejidos,  
 Nuestra cuna meciera cruel dolor,  
 Sin que acallar pudiera nuestro llanto  
 De una madre el cariño y tierno amor.



Plácida con los brutos animales  
 Los halaga y recrea la natura  
 Cual cariñosa madre; sólo al hombre  
 Trata con sobreceño y mano dura.

Pasaron nuestros juegos infantiles  
 Cual de una chispa rápido destello,  
 Y la edad de ilusiones anunciando  
 Nuestros rostros doraba leve vello.

¡Ay dolor! ¡qué ilusión! ¡cuánto delirio!  
 ¡Qué turbación agita nuestro seno!  
 ¡Cuánta copa dorada que nos brinda  
 Con mortal y pestífero veneno!

Y al lado del placer y del encanto  
 Truena la voz terrible de Dios mismo:  
 «Aquí está la dulzura y los placeres,  
 Más allá los dolores y el abismo.»

¡Gran Dios! ¿y por qué en lucha tan acerba  
 Permitisteis que el hombre se empeñara,  
 Que una mano secreta lo impeliese  
 Y otra mano tremenda lo aterrara?

¡Ay amigo! ¿te acuerdas de una tarde  
 De invierno, en la que andábamos inciertos,  
 Solos, cruzando sin sendero fijo  
 Los secos prados y los campos yertos?

Y de nubes sombríos torreones  
 Por el cielo sin orden esparcidos  
 Iban vagando, y el silencio apenas  
 Perturbaban del viento los silbidos.

Y otra vez se fijaba nuestra vista  
 En el orgullo y sed desmesurada  
 Del hombre por honores y riquezas,  
 En su apego al vil polvo y á la nada.

Tal vez sintiera inspiración divina,  
 Y alzando de repente osado vuelo,  
 Mirábamos el giro de los astros  
 Y la vasta extensión de inmenso cielo.

¿Qué es del hombre la frágil existencia?  
 Nos decíamos, ¿qué es su orgullo necio  
 Y hasta el poder de pueblos y naciones?  
 Mirando con desdén y con desprecio

Todo pasó; y en vano yo buscara  
 Un hombre que conmigo dividiera  
 Mis penas... tal vez pérfido, inhumano  
 De mis males y duelos se riera.

¡Qué mal conoce al hombre quien apoya  
 En otro hombre su dicha y esperanza!  
 Sólo el que nos hiciera de la nada  
 Puede darnos la paz y la bonanza.



## VANIDAD

DE LA

## CIENCIA HUMANA

En la sien altanera del humano,  
 Que su grandor revela y su destino,  
 Un destello celeste y peregrino  
 Fulgura sin cesar;  
 Llama hermosa del cielo desprendida  
 Que ciñe como auréola su frente  
 Y pinta la grandeza de su mente  
 Con fuego en su mirar.

Inquieto si le mecen en la cuna,  
 Ó si juega en los brazos del cariño,  
 Con ojos afanosos sigue el niño  
 Cuanto de nuevo ve;  
 Y poned en sus frágiles manitas  
 Juguete de resorte, cuando gira  
 Aquel secreto, estático ya admira,  
 Y pregunta ¿por qué?

Que seréis semejantes á los dioses,  
 Dijo el reptil infame al primer hombre,  
 Encubriendo la muerte con el nombre  
 De saber mal y bien;

Y halagado con grata perspectiva  
 De un saber más sublime y encumbrado,  
 Con vergüenza se mira desterrado  
 De la dicha de Edén.

Mas así no se borra de su pecho  
 Esa ardiente vivísima centella,  
 Corre en pos afanoso de su huella  
 Si lejano la ve;  
 Sin cesar la persigue con anhelo,  
 En pos de ella frenético suspira,  
 No teme riesgos arrostrar, ni mira  
 Dónde posa su pie.

Vedle al pie de pirámides gigantes  
 Que contemplan la marcha de los siglos,  
 Que parecen altísimos vestiglos  
 Que el infierno abortó;  
 Y él se acerca y pregunta curioso,  
 Y circuye su base dilatada,  
 Y pregunta á la piedra inanimada  
 ¿Quién allí las alzó?

De Tebaida pregunta á los desiertos,  
 A torres, obeliscos y ruinas,  
 Y á los trozos de esfinges peregrinas,  
 Y á las grutas de Osiut,  
 Y á la roca elevada y solitaria  
 Que columbra de un monte en la cadena,  
 Que á su pie mira un piélagos de arena  
 En el país del sud.

¡Qué le importa dejar su patria cara  
 Y arrojar al furor del mar bravío,  
 Y en los leños endebles de navío  
 Su vida abandonar!



¡ Qué le importa, con tal que allí sospeche  
Que al través de peligros y de azares  
Rara concha á la orilla de los mares  
Tal vez podrá encontrar !

Ni le asustan de bárbaros salvajes  
Las sangrientas orgías, los horrores,  
Ni del vasto desierto los ardores  
En inmenso arenal ;  
Ni el bramar de los brutos más feroces  
Que recorren la alzada cordillera,  
Si observar entre el riesgo quizá espera  
Oculto mineral.

¡ Qué vale tanto afán ! ¡ tanto delirio !  
Al desplegar un cuadro la natura  
Con pomposa riqueza y hermosura  
Dice el hombre ¡ lo vi !  
Y se acerca y levanta el ancho velo  
Creyendo descubrir un nuevo mundo,  
Y un abismo más ancho y más profundo  
Halla asombrado allí.

Y al divisar ya fúlgida, brillante  
Que le halaga una auréola de gloria,  
Se agolpan en tropel á su memoria  
Otros más sabios que él,  
Y sus escritos que polilla cubre,  
Que yacen en repuestos olvidados,  
Y siente sus delirios amargados  
Con la gota de hiel.

¡ Ni qué valen los rayos de la gloria  
Revueltos entre gratas esperanzas,  
Qué valen lisonjeras alabanzas  
Cuando el hombre murió !

Está el cadáver yerto en el sepulcro,  
Cual sombrío trofeo de la muerte,  
Y al inmenso destino de otra suerte  
El alma ya llegó.

¡ Y creéis que le plazcan los encomios  
Que tributan los míseros mortales,  
Cuando viva en moradas eternas  
Él dichoso sin fin !

¡ Cuando viva en un piélago de dicha  
Donde no hay ansias, desazón ni llanto,  
Cuando entona las glorias del Dios Santo  
En coro el serafín !

Ni que calme sus hórridos tormentos  
Si réprobo cayera en el averno,  
Ni que llegue al profundo del infierno  
La gloria y el honor  
Que el mortal le tributa con lisonja...  
¡ Ah! si en la vida es vano su consuelo,  
¡ Qué ha de ser entre el llanto y desconsuelo  
De morada de horror !





## LA RELIGIÓN

---

• Blando consuelo del alma,  
dulce bálsamo del pecho,  
solo asegurado techo  
en tremenda tempestad;  
sólo tú muestras sendero  
al cansado peregrino  
extraviado de camino  
en desierta soledad.

¡Ay del hombre que no espera  
en esta tierra de abrojos,  
que no levanta sus ojos  
á la celeste mansión;  
que no verá el infelice  
más que un piélagos de arena,  
que interminable cadena  
de penar y desazón!

Tú meciste ya mi cuna,  
tú me tomaste en tus brazos  
y con blandísimos lazos  
fijaste mi porvenir;

yo no sabía quién eras,  
y con el santo bautismo  
me librabas del abismo  
en la aurora del vivir.

Y una cruz misteriosa  
en la frente me imprimiste,  
amorosa sonreiste,  
yo me sonreí también;  
invocabas á Dios trino  
y me unguías con aroma,  
y la celeste paloma  
descendió sobre mi sien.

En los juegos de la infancia  
con tiernísima blandura  
al Autor de la natura  
me enseñabas á adorar;  
y de tus labios manaba  
sublime sabiduría,  
y yo no te comprendía  
y tornaba á preguntar.

En la aurora de la vida  
ya me hablabas de la muerte,  
y también la eterna suerte  
que el Eterno preparó;  
con caracteres de fuego  
lá imagen de este gran día  
se fijó en mi fantasía,  
y nunca más se borró.

¡Qué me importa que de acíbar  
derrames amarga gota  
cuando dentro el alma brota  
un pensamiento fugaz;



y que en medio de la dicha ,  
con que el mundo nos convida ,  
una palabra temida  
digas con serena faz !

Que los placeres de muerte ,  
con que el mundo se embriaga ,  
presentes cual copa aciaga  
de veneno y frenesí ;  
¿ dices tú más por ventura  
de lo que él mismo no niega ,  
cuando de locura ciega  
por momentos vuelve en sí ?

Esa frente tan serena ,  
esa mejilla lozana ,  
de rosas de la mañana  
esa matizada tez ,  
con los años roedores  
dejará de ser tan bella ,  
marcada con negra huella  
de la caduca vejez.

De flotante cabellera ,  
que sombrea desdeñosa  
la tez de nieve y de rosa  
y ese cuello de marfil ,  
un día en la sepultura  
de la cabeza ahuecada  
sobre testa blanqueada  
quedará raro perfil.

¿ Y quién sabe si está lejos  
ese día de tristura  
en que abierta sepultura  
no se nos venga á tragar ?

¿ Quién sabe si en el sepulcro  
yacerás quizá mañana ,  
como la rosa temprana  
que el cierzo vino á secar ?

¿ Quién sabe si ya mañana  
esos ojos hoy altivos  
causarán miedo á los vivos  
con fría inmovilidad ?  
¿ Si vendrá el sepulturero  
á quitarnos la mortaja  
para hundirnos en la caja  
con estúpida frialdad ?

La candela funeral  
velará junto á nosotros ,  
nos vendrán á ver los otros  
estremecidos de horror ;  
y de noche en las tinieblas  
nos velará temeroso  
un hombre silencioso  
bañado en frío sudor.

¿ Qué será entonces del alma ,  
de ese ser que ahora piensa ,  
y que por región inmensa  
divaga con rapidez ,  
cuando ese trozo de barro ,  
de polvo vano y miseria  
á la terrenal materia  
haya tornado otra vez ?

¿ Á un porvenir infinito ,  
que en nuestra mente no cabe ,  
con un helado ¿ quién sabe ?  
nos osaremos lanzar ?



¿Y con la duda terrible,  
que al oído impío zumba,  
bajaremos á la tumba  
sin de nosotros curar?

¿Y si pasado un momento  
que hayas cerrado tus ojos  
te encuentres ya de hinojos  
ante un Dios de majestad,  
cuando te pidiere cuenta  
con un semblante indignado  
de haberle menospreciado  
con insana necedad?

En esta vida triste y pasajera  
pasemos y lloremos,  
y al flébil son del arpa lastimera  
afligidos cantemos:  
sea nuestro cantar cual los plañidos  
del infeliz hebreo  
que cantaba con lúgubre gemido,  
cautivo del caldeo;  
y arrimado á las torres elevadas  
del fiero Babilón  
dirigía incansable sus miradas  
al país de Sión.

Suspendiendo su lira enmudecida  
en las ramas de un sauce,  
resonaba su voz entristecida  
en los ecos del cauce.

Del Eufrates bajaba á la ribera  
recordando el Jordán;  
la pena le contaba cruda y fiera  
y endulzaba su afán.

Que corren velocísimos instantes  
á un nuevo porvenir,  
como corren los ríos ondulantes  
en la mar á se hundir.

La opaca lobreguez de tumba fría  
pavor no causará,  
que una luz más hermosa que del día  
veremos más allá.

Ni el gusano roedor que nos carcoma  
entre la fetidez,  
que otro día fragante cual la aroma  
ha de ser nuestra tez.

La frente coronada de fulgores,  
auréola de luz,  
el día que el Señor de los señores  
descienda con la cruz

Cercado de brillantes querubines  
con plena potestad,  
en torno de abrasados serafines  
con alta majestad.

Eclipsando la cúpula y peana  
de su rayo el fulgor,  
el sol que se levanta en la mañana  
con vivo resplandor.

De estrellas que en lo alto centellean  
orlado el escabel,  
de soles mil y mil que le rodean  
coronado el dosel.